NEWMAN, J. H., *Sermones parroquiales. 6. (Parochial and Plain Sermons)*. Traducción de Víctor García Ruiz, José Morales y José Gabriel Rodríguez Pazos, Ed. Encuentro, Madrid 2013, 319 pp.

Veinticinco sermones ocupan las páginas de presente tomo, el sexto, de *Sermones parroquiales* del cardenal Newman, predicados entre 1836 y 1841, excepto uno sobre la Trinidad que corresponde a 1831. Los primeros siete están dedicados al tiempo de Cuaresma; siete a Pascua; los cuatro siguientes a la Ascensión y otros cuatro a Pentecostés, y los tres sermones finales a la Trinidad, a modo de comentario del Credo de San Atanasio. La organización, como apunta el traductor Víctor García Ruiz, está bien trabada, de la humillación propia de la Cuaresma a la gloria de Dios, Uno y Trino, a través de la muerte del Hombre Dios, su Resurrección y partida a la morada del Padre y al amor del Espíritu Santo (p. 19). Enseña Newman que se ayuna "por penitencia y para someter la carne" (p. 33), abriéndonos al "mundo del más allá para bien y para mal" (p. 38), a los poderes del cielo y a los poderes del infierno. El ayuno nos acerca a Dios y también al infierno, al mal. "Las tentaciones de Cristo no son más que la plenitud de las que, según el grado de nuestra debilidad y corrupción, ocurren a aquellos siervos suyos que le buscan" (p. 39). La cuaresma, en fin, es cuando, "con la ayuda de Dios, tienes que intentar arrojar lejos de ti el pesado fardo de las transgresiones pasadas para reconciliarte con quien te otorgó sus méritos redentores, que tú has profanado" (p. 49).

REVISTA AGUSTINIANA
Vol. 55 (2014) pp. 645-648

Del ayuno recuerda que "es una obligación, pero tienes que ayunar de acuerdo con tus fuerzas. Dios no pide nada que vaya más allá de nuestras fuerzas sino todo lo que podamos, dentro de nuestras fuerzas" (p. 59). Durante la cuaresma, tiempo de ayuno, arrepentimiento, y penitencia, se debe seguir ese "sexto sentido" (p. 59,), o voz interior, esto es, la conciencia, que nos indica o dice lo que se puede hacer y lo que no. El tiempo de cuaresma, dice Newman, nos dispone a adquirir los sentimientos de Cristo. En varios sermones el lector encontrará anotaciones cristológicas, algunas de amplio horizonte teológico. Cristo se hizo pobre, experimentó dificultades, pasó hambre y sed, lloró amargamente la pérdida de los amigos, sufrió en propia carne las privaciones de los pobres, fue entregado traidoramente a la muerte, negado tres veces, también abucheado, burlado y maldecido.

Newman añade que dispuso de "una casa en malas condiciones, mala ropa, poca comida o mala, escasa diversión y entretenimiento, no ser tenido en alta estima, depender de otros para vivir, no tener horizonte para el futuro" (p. 67; cf. 68-72). ¿Quién es Cristo? "Cristo es Dios. Desde la eternidad, era el Dios vivo y verdadero" (p. 74); Cristo es el "Hijo de Dios, o más bien, que es Dios porque es Hijo de Dios" (p. 76). ¿Es Cristo verdadero hombre? Para Newman "Dios se hizo hombre, pero siguió siendo Dios, siendo su humanidad una especie de adjunto, perfecto en su modo, pero sometido a su divinidad. Tanto es así que si la Escritura no le hubiera llamado expresamente 'hombre', hubiéramos sentido escrúpulo en llamárselo nosotros" (p. 79). Esta afirmación puede suscitar más de una interpretación, aclaración y comentario a los teólogos del siglo XXI. A fin de cuentas, Cristo "no era un hombre hecho Dios, sino un Dios hecho hombre" (p. 80). De ahí que la sangre vertida sobre la cruz "no era la sangre de un hombre, aunque pertenecía a su humanidad, sino sangre llena de poder y de virtud, con una vida y una ganancia innatas que surgían misteriosamente de Él, el creador del mundo" (p. 81). Esta página de cristología concluye con una certera cita cristológica de San Atanasio (p. 83). Por lo demás la cruz de Cristo, "signo no de poder sino de debilidad" (p. 120), es presentada en el séptimo sermón (pp. 96-104) como "el corazón de la religión" (p. 101); la "gran pauta" desde la cual se ha de pensar y hablar de las cosas de este mundo: política, economía, riqueza, miseria. Ella es quien nos enseña "cómo vivir, cómo usar este mundo, qué esperar y desear" (p. 97). "La muerte de la Palabra eterna del Padre" (p. 97), la crucifixión de Cristo, hecho público y notorio a los ojos del mundo, es para los creyentes lo más valioso, la "piedra angular" (1 Pedro 2, 7). Cuando aborda el tema de la encarnación de Cristo (p. 79) hace referencia a la Virgen María, afirmando que estuvo libre de toda mancha de pecado (p. 93). A su vez, el lector de los *Sermones* del cardenal Newman descubrirá varias perlas de eclesiología. Sirva, a modo de ejemplo, lo recogido en el sermón doce: "La fe, que todo lo justifica (24 de enero de 1841)", respecto a la relación e implicación mutua entre la fe y la Iglesia: "Tanto la fe como la comunión con la Iglesia son necesarios; lo uno de nada nos sirve para salvarnos sin lo otro; nuestro deber es acercarnos a Cristo *en* la fe *por medio* de la Iglesia; y violentan la Escritura en igual

medida los que creen que se salvarán por la fe sin estar en comunión con la Iglesia como los que creen que se salvarán por estar en comunión con la Iglesia pero sin la fe" (pp. 151-152). Otra expresión acertada en eclesiología aparece unas páginas más adelante cuando presenta a la Iglesia como el "auténtico tesoro de la gracia, el hogar y refugio de los creyentes" (p. 164). A lo largo de los sermones, principalmente el veinte y el sermón veintiuno, alude Newman al abandono, desorden y profanaciones que observa en algunas iglesias para añadir a continuación que "el cristiano sentirá más bien que es preferible emplear su dinero en el servicio de Dios, en alimentar al que sufre hambre, en vestir al desnudo, educar al joven, difundir el conocimiento de la verdad, y, entre otros objetivos piadosos, construir y decorar las casas visibles de Dios" (p. 258).

El lector encontrará en la lectura de los *Sermones parroquiales* de Newman frases cortas, expresiones enjundiosas, mensajes y pensamientos que caracterizan a su autor. He aquí un anticipo de ese amplio ramillete de expresiones de calado intelectual presentes en la obra newmaniana: "Los santos pueden decir y hacer cosas que nosotros no tenemos derecho a decir ni a hacer" (p. 59); "La verdad no se encuentra en la superficie de las cosas, sino en el fondo" (p. 100); "Solo la fe puede introducirnos en la presencia del Dios invisible" (p. 120; véase también el sermón 23, pp. 284-296); "Las buenas obras son el título que tenemos para entrar en el cielo" (p. 156); "La falta de fe siempre pide signos - más y mayores -, antes de rendirse a la Palabra divina" (p. 232). "El mundo es dulce a los labios, pero amargo al gusto. Agrada al principio, pero no al final. Parece alegre en el exterior, pero esconde maldad y miseria. Cuando alguien ha vivido un número suficiente de años tiene que exclamar con el escritor sapiencial: 'Vanidad de vanidades' (Qo 1, 2). Y si no tiene a la religión como guía se verá forzado a ir más lejos y decir: 'Todo es vanidad y turbación de espíritu' (Qo 1, 14)" (p. 99). "Los hombres mundanos vive en este mundo, y depende de él. Cifran su felicidad en esta tierra, y persiguen sus honores y consuelos. *Su* vida no está escondida Y creen que todos los que se cruzan por el camino son como ellos. ...Niegan la posibilidad de que alguien pueda considerar como cosa suprema ideas y motivos que no sean los mundanos... Han acuñado proverbios y dichos en torno a la idea de que todo hombre tiene su precio, que todos tenemos nuestro talón de Aquiles, que la religión es una bella teoría, y que el hombre más religioso es el que más hábilmente logra ocultar, a sí mismo y ante los demás, su amor al mundo, y que los hombres no serían hombres si no amaran y desearan riquezas y los honores" (pp. 197-198). El fin del mundo, sostiene Newman, se producirá "de repente", del mismo modo como Dios produjo la Creación. Y en este momento aprovecha para manifestar su apoyo a la corriente filosófica "fijista" que explica la naturaleza como una realidad definitiva, inmutable y acabada. Escribe Newman que Dios "dio comienzo al mundo que vemos, no a partir de sus semillas y elementos primeros, sino que creó de una vez la hierba y el frutal perfecto, 'con semillas dentro', no una formación gradual, sino una obra completa" (p. 239). La edición de los *Sermones parroquiales* aparece limpia, sin apenas deficiencias y erratas, la mayoría insignificantes.

Dejamos constancia de tres de ellos. En la página 144 aparece escrito: "No sabemos *cómo* se abren los ojos de un ciego ni cómo resulta - debe decir "resucita" - un muerto; pero sabemos lo que significa que un ciego vea o que un muerto resucite". Se lee en la página 156 "para llegar el cielo", pero debe ser "para llegar al cielo"; y la expresión "Vino para *hacer* que le recibieran, le conocieran y le adorara" (p. 251) se encuentra repetida en la línea siguiente. Y, por último, recomendamos este libro de fácil e instructiva lectura, de sensata reflexión sobre las verdades de la fe cristiana, "la sabiduría de Cristo" (p. 238), la Iglesia y la presencia de Dios en el mundo, quien continúa susurrando al oído de los hombres su mensaje de salvación, si bien el "mundanal ruido" es tan "intenso, dice acertadamente Newman, que resulta difícil precisar el momento en que se dirige a nosotros y lo que nos dice. Los hombres creyentes no dejan de percibir que la providencia divina les guía y bendice, a cada uno de un modo diferente" (p. 223).

RAFAEL LAZCANO